



HARAVI

Año X

Lima, Enero 1972

Nº 30

Director: Francisco Carrillo — Bolivia 174 — Chosica, Perú

ensayo de poesía comunal

Cumpliendo un añejo anhelo, desde junio del presente año, en el Programa Académico de Literaturas Hispánicas de San Marcos se ha iniciado en forma regular el funcionamiento de un Taller de Poesía que propicia el diálogo en torno a la problemática de la creación individual y colectiva, a través de la discusión sobre los textos escritos por los miembros del Taller. A diferencia de los Talleres de Santiago de Chile, México y La Habana, el nuestro, desde el principio, centra su interés en los que inician su aventura lírica. Con un brillo y una generosidad que se va haciendo rara en estos tiempos, algunos poetas jóvenes de cierta experiencia asistieron regularmente a las sesiones del primer semestre. Además, dialogaron y discutieron con Jean Franco, Washington Delgado, Francisco Carrillo y Alejandro Romualdo, quienes graciosamente visitaron el Taller. No podemos dejar de lado en esta presentación que Elqui Burgos, ganador de los Juegos Florales Universitarios, es miembro del Taller. Burgos, Tulio Mora y Danilo Sánchez Lihón no aparecen en la presente muestra porque hemos dado preferencia a los autores inéditos.

Los objetivos del Taller son: afianzar la vocación lírica, insistir en el valor artesanal de la creación poética y dar nociones sobre el estado actual de la Poesía. Las sesiones, de tres horas cada una, tienen dos partes: en la primera se conversa sobre teoría poética; después, con los textos escritos por los miembros del Taller, se discute la validez de los trabajos realizados. Las observaciones hechas, conducen necesariamente a nuevas elaboraciones. En cada poema que presentamos, hay algo de todos nosotros, porque el destino de la poesía —lo decimos con fe— es la creación comunal.

Hildebrando Pérez — Marco Martos

Rosario Panéz
claroscuro

Y esa noche
repentinamente enemiga
vomitando sus entrañas sobre nuestros cuerpos,
nuestros cuerpos atrapados de espaldas a nosotros.
Y es que probablemente cuando la pierna es brazo,
y la boca, tal vez, espalda o pelo
sólo queda mirar, buscar
—a como dé lugar—
el hilo perdido
y luego lentamente hilvanar
el pelo, el ojo, el brazo,
en su lugar correspondiente
y esperar
esperar hasta que la habitación recobre sus ángulos,
las paredes sean nuevamente cuatro
y tú descanses a mi lado
como siempre.
Pero si bien recuerdo
nada de esto pasó.
Sólo la noche engullendo nuestro sueño,
arrancando de raíz nuestra habitual manera de mirarnos
hasta perder todo contacto con tres minutos antes de las once
y correr a esa hora exactamente
(hacia adelante o hacia atrás, no lo sé)
porque a decir verdad
yo creí que estabas lejos
y no alcanzo a comprender
si este encuentro a muchos años de nosotros
es un paso del ave hacia el verano
o, tal vez, un ir caminando de memoria
hasta encontrarte hablando de estos años,
de estos años azotando nuestros rostros,
destrozando los pobres vestidos que trajimos,
y tú sabes lo que fuimos,
lo que juntos recogimos de la vida,
que estuvo alguna vez zambullida en las mejillas
y en tus manos y en las mías
aún se encuentran los guijarros,
pues no es tan simple como cogerlos y tirarlos fuera del camino
y luego gritar, a toda voz, lo felices que somos.
No hay engaño ni en tu mirada ni en la mía
y quizás sea eso lo que sustenta nuestros pasos
o tal vez esa manera tan tuya de coger el corazón por el codo

y arrancarle de la piel toda palabra vana
y es entonces cuando hay que abrocharnos la piel que aún nos queda
y caminar sobre este martes y no otro.

rostro para un domingo

Encierro al gato que conoce mis facciones,
me peino frente al espejo
y digo:
Este rostro está bien
para hoy domingo,
y hoy domingo está desnudo
y ha perdido su apellido.
Todo está bien:
este rostro y el domingo
y no debemos emocionar su desnudez
ni hablar de su apellido.
Todo está bien
aunque el gato aúlle en mis entrañas
y sea sorda esta terca lucidez.

los colores que me habitan

Heme aquí con mis treinta años
y sin color permanente:
Ora blanco, ora negro intensísimo,
ora verde o amarillo
y paremos de contar.
Tiempo ya he comprendido:
Eso de ir por el mundo
mirándose la piel
es gasto sin beneficio.
Y no me hablen de la moral
ni de la ciencia.
Cuando hablo de mi piel,
de tu piel,
de la piel de la gente que amo
y aun de la que no conozco
no me hablen de la moral
ni de la ciencia.
La piel tiene color humano
y ya todo está explicado.

Nació en Lima, 1939. Psicóloga Profesional.

Carlos Garayar

Nació en Lima, 1949. Estudia Literatura en San Marcos

junto a este gran acantilado

El viento sopla sobre los árboles y las hojas se mueven.

En la mañana

nada cuesta predicar la salvación. En las montañas
puede uno hablar con los cabellos revueltos,
sólo tienes que esperar algún viento favorable, mover los brazos, cerrar
los ojos y ligeras gaviotas izarán de tarde en tarde las grandes velas
y los olvidos se irán volando silenciosos, puntuales como trenes.

Esa tarde el viento sopla sobre las copas de los árboles.

No es lo mismo

la braveza de cien ojos en el parque que tu campo de batalla:

Esta historia

es un paso en falso y una prodigiosa interminable
necesidad de volver.

Y la mansedumbre

una burla cruel, de laberinto, encontrarse en el mismo punto
jugando a la gallina ciega
con los ojos bien abiertos y después
otro paso en falso, minucioso, definitivo.

El viento pasa, da vueltas y se aleja.

Si uno camina

acaba por detenerse, si uno dice: date cuenta, qué hermosos
estos viejos árboles impasibles
acaba por callar.

Y la esperanza, el centro de esta esperanza es una fruta de cáscara arrugada.

Si el viento soplara del mar, de las montañas.

Si el viento soplara del mar, de las montañas con una trompeta de trescientas bocas:
cogería un par de zapatos viejos y correría por el mar
buscando piedras.

El viento sigue soplando y su olor es una mezcla de orines y arena sucia.

Y las historias que oí contar, piratas y soldados, bellas damas y oropeles, son un
velero remoto
y urgente junto a este gran acantilado.

El rumor de este viejo mar va y viene, va y viene

como un acordeón oxidado. Sólo tengo que oírlo, mover los intestinos y lanzar al aire
un eructo respetuosamente saludable.

*volvemos sobre nuestros pasos
saltando las sombras*

Este mar agita sus olas y todo es pasión en la calma,
en el ir y venir de sus aguas incansables
como si el tiempo no existiera en las rocas negras,
en los caracoles, en sus conchas brillantes que desaparecen en la espuma.

Tiempo en el mar azul de las diez de la mañana, flujo y reflujo, líquido
en movimiento que recorren mis pies desnudos dejando huellas en la arena.
El sol deja su marca en los restos inservibles: latas vacías, anzuelos oxidados;
pasamos alborozados sobre montones de basura, restos de aves que alguna vez
volaron,
arena, huesos, plumas, estrellas.

¿Tarde? Yo dijera que no es tarde en este mar.
A lo lejos brilla el horizonte. Sobre las rocas, cangrejos.
Corremos por tu orilla, rotundo sol, alzando los brazos. ¿Qué monstruos nos
alcanzan?

Mañana solitaria, áspero promontorio, no mires, no mires
¡Oh aleteos de invierno bajo el sol cálido de mi cuerpo!

Tiempo en el mar rosado de las seis y treinta de la tarde y el sonido de las olas.
Volvemos sobre nuestros pasos saltando las sombras.
Tiempo en el mar rosado de las seis y treinta de la tarde cuando las gaviotas gritan
al pasar.

El pescador recoge el anzuelo.
Aguas oscuras, invisibles, nos acechan.

¿Tarde? Te digo que es tarde en este mar. ¡Por qué
el tiempo se detiene si ha corrido locamente!

Sobre las rocas el viento lanza un aliento salobre. No hay estrellas, no hay guardia-
nes para este mar indefenso.

Silenciosas gaviotas se refugian en sus nidos.

¿Quién guarda el santuario? No hay antorchas encendidas, no hay fogatas bajo el
telón oscuro.

Caracoles, peces muertos quedan en la playa.

Volvemos como vinimos, enterrando nuestras sombras en la arena.

Tendremos que sumergirnos en la noche y nadar como pulpos en sus malas aguas.

Carlos Cornejo Quezada

gitana

Gitana, ¡ay! gitana, cartomántica gitana,
quiromántica gitana,
ven, adivina, adivíname la llaga, la llaga del costado:
la que dejaste oscura y sola, deshabitada por la noche,
y diseminada por el viento.

Ahora que el orbe de la paz ha desertado
como un monstruo sembrando cementerios,
abriendo ríos, ríos de sangre
de gente acumulada
y hablándole al mundo como el fuego,
ven, dime, dime ¡oh champoliónica gitana!,
dime mi secreto, tu ansia encarcelada,
mi suspiro, tu palabra.

a sistro

Cuando estoy solo plasmando paso
en veredas, de mi animal a pata,
suda, sudando como cual sobrada Bestia,
en los días, a gota sangre o a gota tinta,
¡por qué me sorprendes tú
mi cual vieja espuma,
por qué me sorprendes tú
mi cual viejo Sistro,
si es por flaco, ya chasis, lo que tengo hambre,
si es por muerto, ya cadáver, lo que tengo grito.

Nació en Lima, 1935. Estudia Literatura en San Marcos

María Luisa Salazar

reclinada en los recuerdos

Mientras corren mis recuerdos
en la calle, por los jardines amigos,
y veo tus manos que hicieron caminos y semblantes,
me parece que todo permanece como entonces.

Aún estás a la salida de tu casa,
y podría recogerte en un silencioso
aullido de paloma.

Descansa, que yo estaré
en el rincón de la alcoba, donde Kezept
en los días oscuros, talló pergaminos
de melodía siniestra.

Y así como antes te veré aparecer
entre manojos y aldabas,
cual si fueras una mariposa.

Desciende y te diré que lo de ayer
no fue un crepúsculo sino una tarde ajena,
en su dolencia de vuelos no tomados.

matices de una queja

Yo soy la estimulante de caminos,
la que se inició en la mandolina,
que tocamos sin medida ni estrechez alguna
y que vierte su inútil desafío
en el aliento dulce y constante de una niña.

Yo soy la montesina triste
—resquebrajadura de aliento flojo—
aquella que golpea tan fuertemente
su madurez y no la lanza.

Yo escribo para ahora
que sé que existo y tengo donde detenerme
y para quienes
la alegría, a veces es un ave.

Nació en Lima, 1943. Estudia Psicología en San Marcos.

Roger Zapata Kuyén

aléjate amor mío

Aléjate amor mío de la mirada de la gente
que divide nuestro silencio
 en dos mitades
y el silencio ajeno
 en dos mitades
y las hojas que caen del otoño ceniza renegrida
 en mil carbonos
Aléjate amor mío del caballuno señor
que pide mil carreras por minuto. Y
del flautista "amante de la paz" que pierde
cien notas a la redonda
sin ser suyas
y del vidrio opaco que nos convierte en sombra
Aléjate amor mío
hasta el final del tiempo
donde el silencio se hace
 unidad entera
y el carbono
 átomo eterno
y el minuto
 tiempo inolvidable
y las notas se reflejen en tu rostro de cristal.

silenloquio

He visto morirte
 nuevamente
senil silencio
tras el pulido océano
sobre la tierra
bajo las estrellas
Ahogar quería el sentimiento
lacerado por el llanto de una vela
Pero medito
y las montañas paren sombras
que delinean días sin formas
y aquí estás sólo conmigo

silencio
 nuevamente
porque el silencio que se escurre entre mis
manos es la voz
 el canto
 el llanto
y sólo tengo
(para acabar
el tiempo oscuro
de mi cuarto)
un carbón,
avanzando de costado.

Nació en Sullana, 3 de enero de 1950. Estudia Literatura en San Marcos.